

EL EVANGELIO DE MARCOS Y EL ASCENSO DE LA DINASTÍA FLAVIA

Cuando apareció el evangelio de Marcos, el Imperio romano sufrió una “sacudida”. Alguien que no pertenecía a la alta nobleza logró dar un gran salto en su carrera: Vespasiano fue nombrado emperador y creó con sus dos hijos, Tito y Domiciano, la dinastía Flavia. La plataforma que facilitó el hecho fue la aniquilación de la revuelta judía en los territorios de la Palestina ocupados por Roma. Vespasiano reconquistó Galilea y destruyó Jerusalén. Si el evangelio de Marcos se lee con este trasfondo histórico, tanto su proyecto global como sus detalles adquieren relevancia política. Dicho de otra manera: la teología es pertinente en nuestra vida diaria.

Das Markusevangelium und der Aufstieg der Flavier, Bibel und Kirche 68 (2011) 64-69

La palabra “evangelio” se encuentra 76 veces en el Nuevo Testamento, sobre todo en las cartas paulinas y deuteropaulinas. En los evangelios aparece sólo 12 veces: ocho en Marcos, cuatro en Mateo, ninguna vez en Lucas ni en Juan. El término “evangelio” parece ser utilizado especialmente por Pablo y Marcos. Marcos, además, utiliza este término como el título de su historia de Jesús, que él diseñó en contraste con la propaganda imperial helenístico-romana.

“Evangelios” o “eu-angelion”

Cuando los hombres y mujeres del siglo I después de Cristo oían la palabra “evangelio” sospecha-

ban que habría novedades de la casa imperial: ascenso del César al trono, su curación después de larga enfermedad, nacimiento o mayoría de edad del sucesor... A finales del año 69 d.C. corrieron noticias especialmente explosivas que como “evangelios” se extendieron de oeste a este y de este a oeste, de ciudad en ciudad. El general Vespasiano, que con su hijo Tito había sofocado con mano de hierro el levantamiento judío en Palestina, era proclamado por las legiones del este como nuevo emperador y era confirmado en Roma por el Senado. Esto era, en el sentido más exacto de la palabra, un “eu-angelion”, una buena noticia, un alivio: por fin se habían acabado aquellas relaciones semejantes a una guerra civil que estallaron tras el suicidio de Nerón (68

d.C.). Habían luchado por el poder los generales Vitelio, Oto y Vespasiano. Éste, destinado por el propio Nerón, por razones disciplinarias, a Palestina (66 d.C.), había conseguido formar una sólida coalición con los gobernadores de Siria y Egipto (el granero de Roma). Tras el asesinato de Vitelio, Vespasiano, el brillante triunfador, estaba ya preparado. Al día siguiente (21 de diciembre de 69 d.C.), fue confirmado como nuevo emperador por el senado. La paz y el orden habían sido restaurados. Una nueva era parecía haber surgido: la dinastía Flavia se presentó orgullosa en la entrada triunfal en Roma, el 71 d.C. Un trío poderoso: Vespasiano (69-79 d.C.), flanqueado por sus dos hijos, Tito (79-81 d.C.) y Domiciano (81-96 d.C.), que le sucedieron en el trono imperial. El “evangelio” de un nuevo dominio mundial tenía ya sentido.

En este contexto histórico, el título del evangelio de Marcos (en adelante: EvMc), de alrededor de los años 70 d.C., debe ser escuchado de otra forma: “Comienzo del Evangelio de Jesucristo” (Mc 1,1). Este título, que retoma la carga política provocadora del eslogan “evangelio”, no promete demasiado: el relato que sigue, tanto respecto a la conducta y programa del reino de su protagonista, Jesús, como respecto a su desarrollo narrativo, se lee como una historia que contrasta con la historia exitosa de Vespasiano.

El hombre más insignificante (pequeño) – el más grande

Si nos fijamos en su linaje, Vespasiano no estaba predestinado a alcanzar un puesto de alto rango en su carrera. Era el hijo de un recaudador de impuestos. Hasta entonces, el emperador romano provenía de la antigua nobleza, la familia Julia o la familia Claudia. Pero, todavía peor, a Vespasiano le faltaba la autorización divina de su dinastía. Efectivamente, a partir de Augusto, los emperadores romanos llevaban el título honorífico de *divi filius* (hijo de dios). En el caso de Augusto se podía leer tanto en monedas como en inscripciones: IMPERATOR CAESAR DIVI FILIUS AUGUSTUS. Siempre que, sobre la base de una resolución del Senado, hiciese “deificar” a su predecesor en un solemne ritual de apoteosis, un emperador podía ostentar este título. El difunto pasaba a ser *divus* (deificado), y el nuevo emperador automáticamente era *divi filius* (hijo de Dios).

Ahora les tocaba a los propagandistas de Vespasiano ser muy creativos para poner remedio a esa falta de legitimidad religiosa: difundieron rumores sobre augurios y predicciones (mucho más impresionantes que cualquier título), que debían poner de manifiesto que la providencia divina estaba detrás del destino de Vespasiano. Especialmente quedaron para el recuerdo las narraciones de milagros obrados por Vespasiano, que des cansan probablemente en curacio-

nes escenificadas en público, quizás en el hipódromo de Alejandría, las cuales provocaban aclamaciones que situaban a Vespasiano en la esfera de lo divino: “Salvador, benefactor”; “Hijo de Ammon”, “Dios, César”.

Así fue como se alcanzó la carga religiosa que, desde Augusto, va unida al término “evangelio”, y que encontró su expresión ejemplar en la famosa inscripción de Priene (9 a.C.) en la que se dice de Augusto que “el natalicio del dios (es decir, Augusto) representa para el mundo el inicio de los evangelios que encuentran en él su razón de ser”. En la base conceptual subyacen las siguientes ideas: 1) es la divina providencia la que envía al César como salvador del género humano en la tierra; 2) así comienza una nueva era en la que todo lo anterior es relegado a la sombra; 3) el momento decisivo tiene lugar mediante una decisiva victoria militar y la eliminación de viejos enemigos. Para Vespasiano la derrota de la sublevación judía fue debidamente estilizada con la acuñación de monedas que proclamaban a todo el mundo: *Judaea capta*.

Lo que le faltó inicialmente a Vespasiano es atribuido a Jesús en la primera línea del EvMc –y además con la fórmula usual del título de César traducido al griego: “...Jesucristo, Hijo de Dios” (Mc 1,1). También podría traducirse “hijo de un Dios”. Naturalmente el EvMc sostiene que este título no se debe, como en Roma, a la decisión de un comité político, sino

que corresponde a relaciones celestiales. El profeta Isaías las había descubierto (Mc 1,2s). Pero esto lo captan sólo los lectores. Por esto es importante mencionar a un propagandista entre las bambalinas del suceso en el EvMc, nada sospechoso ya que es del campo contrario: el centurión que supervisa la ejecución. Cuando ve morir a Jesús, dice: “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios” (Mc 15, 39). También en este caso se trata del título de César. Solo así se explica que la afirmación sea en pasado y que, como en Mc 1,1, falten los artículos determinados: Jesús es un hijo de Dios entre muchos. Sin embargo, una vez asociado al título del emperador, ya no es una degradación, sino la mayor provocación. Fluctuando todavía el reconocimiento de Vespasiano como nuevo “hijo de Dios”, el EvMc hace que un centurión romano manifieste una opción alternativa: no es Vespasiano, el señor de la guerra, quien *en verdad* merece este título, sino un judío ajusticiado. El portador de este título no es el que ocupa la más alta posición social y política, sino aquél que se halla en el lugar más bajo, el Crucificado, aquél que está incluso fuera de la escala social. No es aquél que cae con mano de hierro sobre la víctima, sino el que recorre el mismo camino de la víctima. El dictamen del centurión se encuentra al final del camino de Jesús, un hombre insignificante proveniente de Nazaret de Galilea, quien, en el EvMc, de manera análoga a Vespasiano, sostiene que,

con su llegada, comienza un nuevo reinado, el Reino de Dios (cf. Mc 1,14ss), y esto después de haberse librado una gran batalla, aunque ninguna persona haya resultado herida. El gran enemigo derrotado es Satanás (Mc 1,12s). Lo que distingue a los dos “hijos de Dios”, Vespasiano y Jesús, es el *programa* de reinado, que llama a una decisión.

El programa de dominio como criterio de discernimiento

En la pirámide romana del dominio, el poder sobre los demás se delegaba en función de la lealtad para con el superior: quien se mantenía leal a Vespasiano y a su estructura de poder, era llamado al Senado o nombrado patricio.

“Pero no ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos” (Mc 10,43s.). En las estructuras del Reino de Dios, la “grandeza” es redefinida por Jesús como apoyo solidario hacia los pequeños. La muerte de Jesús en la cruz se halla en ese horizonte que tiene como última consecuencia el servicio: “el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos” (Mc 10,45). No es en la confesión oral del “hijo de Dios”, sino en las estructuras de la comunidad donde se conocerá o

no- si el camino que se anda es el del seguimiento del “hijo de Dios”.

Mismo camino, objetivo distinto

El EvMc explica este seguimiento del camino en asombroso paralelismo geográfico a la ascensión de Vespasiano, quien también, de hecho, comenzó en Palestina. Jesús se encuentra en Betsaida (Mc 8,22), luego parte hacia el norte, a Cesarea de Filipo (Mc 8,27), y, desde allí, se dirige hacia el sur, a Jerusalén (Mc 8,31-11,11). Extremadamente complicado, pero muy instructivo, este desvío a través de Cesarea de Filipo. Con la ubicación (Herodes el Grande levantó allí un templo en honor de Augusto) y el nombre (el hijo de Herodes, Filipo, cambió el nombre de la región en honor de Augusto o de Tiberio), se pretende poner de manifiesto un programa político: la voluntad de los reyezuelos judíos de cooperar con Roma. Precisamente Jesús se aparta de este programa. Pero todavía es más sorprendente que Jesús sea proclamado por Pedro como rey judío (Cristo/Mesías; Mc 8,29) en la región de Cesarea de Filipo. Y es más que revelador que Vespasiano hiciese una parada invernal en este lugar antes de dirigirse a Jerusalén a terminar su obra. Cesarea de Filipo es el lugar de la decisión y un punto de inflexión. Jesús se dirige a Jerusalén y por el camino instruye a sus discípulos sobre el

camino de servicio del Reino de Dios (9,35; 10,42-44). El pueblo celebra su llegada como el advenimiento “del reino de Dios de nuestro padre David” (11,10). Los soldados romanos se burlan de él como “rey de los judíos” (15,18) y los sumos sacerdotes como “Cristo, el rey de Israel” (15,32). Ambas partes inician el proceso que acabará en su crucifixión. Vespasiano, en cambio, se abre camino hacia Jerusalén, abatiendo toda resistencia. Cuando se entera de la muerte de Nerón, se establece en Egipto, es proclamado emperador y es recibido en Roma con honores. En la entrada triunfal en Roma, se presenta junto a sus hijos como en un trío de poder. El EvMc presenta a Jesús en la cruz flanqueado por dos ladrones -un trío de impotencia.

Ninguna propaganda, sino mandamientos de silencio

Después de la muerte en cruz de Jesús, un hombre pronuncia por primera vez en el EvMc el título de “Hijo de Dios”. Es peculiar en este evangelio el hecho de que Jesús, en vida, prohibió que se le aplicara este título; a los demonios, ante todo (Mc 1,34; 3,11ss), pero también a los que había sanado y a los testigos de las curaciones (Mc 1,44; 5,43; 7,36; 8,26), así como a los discípulos (Mc 8,30; 9,9). La investigación habla del “secreto mesiánico”. Siempre se ha preguntado cuál podía ser el motivo de

que el teólogo Marcos expresara esta reserva teológica. La historia triunfal de Vespasiano se presta a un contraste de grandes dimensiones: sus propagandistas necesitan mucha publicidad para escenificar milagros y provocar aclamaciones. Ponen en circulación narraciones milagrosas para alimentar religiosamente el poder militar de Vespasiano.

Jesús, en cambio, prohíbe difundir sus curaciones (Mc 1,44; 5,43; 7,36): curaba a los enfermos lejos de la multitud (Mc 7,33; 8,23) y hacía callar a los demonios cuando éstos vociferaban títulos religiosos (Mc 1,24 ss. 34; 3,11 ss.). Jesús no necesitaba esa propaganda. Sus curaciones no eran un camino hacia el poder. Es más, el milagro en el EvMc se utiliza para demostrar la eficacia y la autoridad divina de la enseñanza de Jesús. Cuando en la sinagoga la gente ve que el diablo, por la palabra de Jesús, abandona al poseso, exclama: “¿Qué es esto? ¡Una doctrina nueva expuesta con autoridad! Manda a los espíritus inmundos y le obedecen” (Mc 1,27). A diferencia de los propagandistas de Vespasiano, Marcos quiere que, en los milagros, la gente admire y reconozca *la enseñanza* de Jesús: está legitimada por Dios. Esta enseñanza se explica a lo largo del “camino hacia Jerusalén” (Mc 8,27-10,52). Se trata de la enseñanza del camino del siervo del Reino de Dios que contrasta con el programa romano sobre la concepción del poder (Mc 10,42-45). Con la historia de Jesús,

Marcos quiere manifestar que esta enseñanza del Reino de Dios trae la curación y el cambio social. Y en sus narraciones aporta pequeñas piezas que forman parte de un mosaico que pone de manifiesto este cambio: el enfermo está en el centro (Mc 3,3); la mujer sirofenicia no es excluida (Mc 7,24-30); en la solidaridad con un paralítico se manifiesta la verdadera fe (Mc 2,3-5).

Una transferencia de poder teológico

Si se lee el EvMc con el trasfondo del ascenso de los Flavios,

se produce una sorprendente transferencia teológica. Tanto la cristología como la soteriología adquieren un nuevo perfil gracias a los acontecimientos y las experiencias políticas actuales. El reto (o la tentación) social de, siguiendo las huellas de Vespasiano, y confiando en las propias fuerzas, mirar de soslayo el camino que lleva hacia arriba es cuestionado si se observa el camino de Jesús. La confesión de Jesús como “Hijo de Dios”, por sí sola, no dice nada. La fórmula de expiación, “Jesús ha dado su vida por muchos”, por sí sola, no dice nada. Hay que decidir entre dos formas de dominio. Ahí radica la confesión.

Tradujo y condensó: ANA RUBIO

“En última instancia, sea en tiempos tristes sea en épocas grandes, la Iglesia vive esencialmente de la fe de quienes son de sencillo corazón, tal como Israel vivía en virtud de ellos durante los tiempos en que el legalismo de los fariseos y el liberalismo de los saduceos desfiguraban la faz del pueblo elegido. Israel siguió viviendo en los que tenían el corazón sencillo. Fueron ellos quienes transmitieron la antorcha de la esperanza al Nuevo Testamento y sus nombres son los últimos del antiguo pueblo de Dios, a la vez que los primeros del nuevo: Zacarías, Isabel, José, María. La fe de aquellos que son de corazón sencillo es el más precioso tesoro de la Iglesia; servirle y vivirlo en sí mismo, es la tarea suprema de toda reforma de la Iglesia”.

J. RATZINGER, *La Iglesia en el mundo de hoy*, Paulinas, Buenos Aires 1966